

Las cifras escogidas de la emigración: Contar los muertos

EMMANUEL BLANCHARD, OLIVIER CLOCHARD, CLAIRE RODIER :: 05/11/2008

Al atlas de los muertos en las fronteras, víctimas de las políticas migratorias restrictivas, le faltan capítulos

¿Por qué contar los muertos de la emigración? ¿Por qué dedicarnos a esta contabilidad macabra intentando, a falta de datos oficiales, reunir las cifras que con mucho trabajo logran recopilar las ONG? Porque en la actualidad las víctimas de la «guerra a los emigrantes» son un componente indisoluble de la política migratoria que Europa lleva a cabo en sus fronteras. Y porque es imprescindible explicar claramente una situación que con demasiada frecuencia se achaca a la fatalidad u otros hechos diversos.

No existen datos oficiales relativos al número de personas que mueren en el camino de la emigración hacia las fronteras europeas. Según las ONG que intentan contabilizar el fenómeno, este número habría pasado, desde principios de los noventa a principios de los 2000, de algunas decenas a varios cientos al año. El cálculo está muy lejos de ser exacto: en primer lugar porque la atención que prestan a este asunto las organizaciones que defienden la causa de los emigrantes creció considerablemente durante el período citado, la cobertura de los medios de comunicación de los «dramas de la emigración» se ha generalizado y ya son incontables los reportajes consagrados a la cuestión durante los últimos cinco años.

Por lo tanto, se puede considerar que, tanto como el crecimiento real del número de muertos, el establecimiento de mecanismos de medición, ciertamente muy imperfectos, multiplicados por el «efecto lupa» de la cobertura informativa, han contribuido a la explosión de las cifras. Por el contrario, varios factores juegan en el sentido inverso, como la invisibilidad de una proporción, que se presiente importante pero sigue inédita, de las muertes que suceden durante los trayectos migratorios, especialmente los naufragios [1], los fallecimientos en medio del desierto y, además, la ocultación premeditada por las autoridades policiales o políticas de ciertos episodios mortíferos de la «guerra a los emigrantes» [2]. Las autoridades, además, también saben instrumentalizar los sucesos dramáticos para justificar el endurecimiento de los controles. En este contexto científicamente poco fiable, ¿por qué queremos contar los muertos de la emigración? Porque las víctimas de esta guerra son, actualmente, un componente indisoluble de la política migratoria que Europa lleva a cabo en sus fronteras y más allá. Y porque la propia imprecisión de las fuentes es el testimonio indignante de una realidad que, aunque no sea contabilizable, debe ser explicada.

En la región de Calais, en Toulon, como en las Islas Canarias o en Lampedusa, algunas tumbas discretas resumen el inmenso cementerio en el que se han convertido actualmente las fronteras de la Unión Europea. Esas tumbas nos recuerdan que todos los días los emigrantes arriesgan sus existencias con la esperanza de encontrar una vida mejor. Pero, ¿cuántos son? La organización United [3] fue la primera que catalogó estos fúnebres avatares de la emigración. En su sitio, ni señas ni monumentos, sólo líneas y columnas dan cuenta de esa silenciosa carnicería... «Reconocimiento final de identidad» [4], los cadáveres

identificados, la mención de su muerte en este censo, para los anónimos es el último testimonio de su paso hacia las fronteras de Europa. United evalúa en 8.855 el número de muertos en el espacio de catorce años (1993-2006): una representación mínima de una catástrofe ignorada. Ya que por ejemplo en el caso de los ahogados, el cálculo está basado en el recuento de los cadáveres hallados en las playas y en las estimaciones presentadas por los supervivientes de los naufragios. Ahora bien, la mayoría de los naufragios ocurren lejos de las costas, y la precariedad de las condiciones en las cuales navegan los pasajeros equipados, en el mejor de los casos, con brújulas y teléfonos móviles, les impiden recurrir eficazmente a la ayuda cuando se encuentran en peligro.

Sólo para el año 2006, durante el que aparecieron 600 cadáveres en las costas canarias, un responsable de los servicios de emigración de estas islas españolas considera que el número total de emigrantes ahogados entre la costa africana y Canarias sería diez veces mayor. Una estimación confirmada por el director de la Cruz Roja mauritana, que compara la travesía de Mauritania a España «con el juego de la ruleta rusa». Por otra parte, se sabe que numerosos pescadores que trabajan en el perímetro Malta-Libia-Túnez-Sicilia prefieren desviar su ruta cuando encuentran embarcaciones de fortuna en peligro, antes que acudir en ayuda de los náufragos. Por 22.000 personas llegadas por mar a Italia en 2006, ¿cuántas no alcanzaron su objetivo? El silencio seguirá siendo su mortaja: «A veces, cadáveres humanos se enganchan en las redes. Generalmente tenemos orden de rechazarlos. Lo que viene del mar, tiene que volver al mar: es lo que dice el capitán» [5].

Más recientemente, la organización Fortress Europe, que se sustenta únicamente de las cifras mencionadas por la prensa, informó de que cerca de 12.000 extranjeros habrían muerto en las fronteras de Europa entre 1988 y 2008 [6], de ellos 8.173 en el mar [7] y más de 1.600 cruzando el desierto del Sahara. Una evaluación muy aproximada hace pensar que esta cifra debería multiplicarse, al menos, por dos o tres, o incluso más si se tiene en cuenta la realidad de los peligros de la emigración irregular que tenían Europa como destino.

Varios indicios autorizan esta extrapolación: por una parte, teniendo en cuenta las condiciones del viaje, que obligan a los emigrantes a ocultarse o a ocultar su identidad, sus proyectos o sus itinerarios, es probable que una gran parte de los accidentes mortales se produzcan sin testigos o ante los ojos de testigos que no desean llamar la atención sobre ellos pidiendo ayuda. Se certifica la recurrencia, en los relatos de algunos emigrantes que hablaron después su llegada, de las referencias a la muerte de compañeros de infortunio que sucumbían al agotamiento, el hambre o la sed, o incluso a los malos tratos de los chantajistas, pasadores de fronteras, militares y policías [8] encontrados por el camino. En pleno Sahara, en la frontera entre Mali y Argelia, la «ciudad de los emigrantes» de Tinzaouatine, una especie de tierra de nadie donde se encuentran los rechazados de Argelia y los que se preparan para intentar por primera vez la aventura, ya existe un cementerio que alberga las tumbas anónimas de las víctimas de la emigración.

La dificultad del recuento de las muertes de la emigración está también en la voluntad de ocultarlas por parte de las autoridades. En la región de Portopalo di Capo Passero, situado en la punta meridional de Sicilia, cerca de 300 personas fueron engullidas con su embarcación en la Nochebuena de 1996. A pesar de los testimonios de los supervivientes albaneses, las autoridades italianas pusieron muy en duda el naufragio hasta julio de 2001,

fecha en la que aparecieron los restos [9].

También pasó lo mismo en Marruecos en el año 2005 cuando los africanos que intentaban cruzar las alambradas de los enclaves españoles de Ceuta y Melilla sucumbieron después de chocar contra las fuerzas del orden españolas y marroquíes. Las impresionantes imágenes de los asaltos efectuados por los grupos de subsaharianos contra los muros construidos para proteger la frontera de estos pedacitos de Europa en tierra africana dieron la vuelta al mundo. La red Migreurop intentó contar e identificar a las víctimas de estos sucesos. Aunque los hechos se publicaron ampliamente, la empresa se reveló imposible: sólo un joven camerunés fallecido el 29 de agosto de 2005 de una hemorragia interna algunas horas después de que lo agrediera la guardia civil española fue identificado formalmente. Las demás víctimas, muertas por caída, asfixia o bajo las balas del ejército marroquí en presencia de numerosos testigos, algunos de los cuales fueron transferidos al hospital, no tienen nombres. Incluso su número es indeterminado. Según un abogado de una organización española de ayuda a los refugiados, 14 personas habrían resultado muertas en la frontera hispano-marroquí entre agosto y octubre de 2005 [10], pero otras fuentes hablan de 21 muertos. La asociación andaluza APDHA, por su parte, reconstruyó las circunstancias y la cronología de las muertes de 17 personas [11].

Para Migreurop, «estos muertos sin nombre y sin número dicen mucho sobre el proceso de deshumanización de los emigrantes, reducidos al estado de individuos supernumerarios que pueden desaparecer sin dejar rastro» [12]. Un acta que confirma el portavoz del Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los refugiados en Roma: «Hay regiones en el Mediterráneo que se convierten en una especie de zonas sin ley en las que la vida humana no vale nada» [13]. Ningún procedimiento judicial se puso en marcha para identificar a los responsables de las muertes de Ceuta y Melilla, así como, probablemente, no habrá ninguna persecución a los agentes de la Marina real marroquí acusados por tres emigrantes de hundir su embarcación neumática en pleno mar, en el amanecer del 28 de abril de 2008, reventándola a cuchilladas. La Zodiac, de nueve metros de larga, transportaba alrededor a de 80 pasajeros nigerianos, guineanos, cameruneses y malienses y se dirigía hacia España. Se ahogaron treinta y seis personas.

A veces incómodas cuando sacan a la luz la crueldad de los mecanismos de los controles de las fronteras, las muertes de los emigrantes se utilizan generalmente para poyar el fortalecimiento de esos mismos mecanismos. Cuando en junio de 2007 Brice Hortefeux, el Ministro de Inmigración francés, recibió en Toulon los cadáveres de 18 emigrantes ahogados frente a la costa de Malta antes de que pudieran alcanzar las costas, recogidos por una fragata de la marina francesa, tuvo la ocasión de apiadarse del «recorrido de estos emigrantes, venidos de África, que acabó en tragedia, porque se cruzaron en el camino de un pasador de fronteras que les proporcionó una embarcación hacia la muerte», y de anunciar, en nombre de «una exigencia moral que debemos respetar» su «firme combate» para reforzar la represión contra dichos pasadores de fronteras, esos «esclavistas de nuestra época».

Las «lágrimas de cocodrilo» de la Unión Europea

Seis meses después, tras la colisión ocurrida frente a la costa de Mayotte entre una

embarcación de la policía de fronteras y una embarcación (*kwassa kwassa*) de emigrantes, que originó la muerte de al menos dos de ellos y la desaparición de varios más, así como numerosos heridos, el mismo Brice Hortefeux recordaba: «más que nunca, el gobierno está decidido a luchar contra las redes que explotan la miseria de los emigrantes clandestinos arrojándolos a embarcaciones inseguras en las que arriesgan sus vidas» [14].

La retórica no es nueva. En el año 2000, cuando se hallaron 58 chinos muertos por asfixia en Douvres, en el camión que los había transportado desde los Países Bajos, los jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea expresaban, unánimes, su profunda emoción y anunciaban que tomarían enérgicas medidas para evitar que se repitan estos dramas. Emoción que fue calificada entonces de «lágrimas de cocodrilo» por Emmanuel Terray [15], que recordaba que los endurecimientos de los controles en las fronteras y la restricción del derecho de asilo son los principales responsables de la expansión del tráfico de emigrantes. Al comentar la situación surrealista que prevalece a lo largo de las costas del Canal de la Mancha donde los exiliados iraquíes, a quienes no se puede expulsar, son regularmente detenidos y soltados por la policía francesa, el responsable de una asociación de ayuda a los refugiados de Cherburgo llega a la misma conclusión: «el Estado y los pasadores de fronteras son aliados objetivos» [16].

El propio proceso conduce a que las travesías se vuelvan más peligrosas al obligar a los emigrantes, debido a la dificultad de emigrar por las vías legales, a recurrir a métodos cada vez más arriesgados y a pagar cada vez más caro para llegar hasta Europa. Una evidencia mecánica de la que ACNUR analiza perfectamente las implicaciones: «Mientras que el número de personas que entran en Italia y España parece disminuir, las organizaciones humanitarias temen que los pasadores de fronteras utilicen rutas más largas y todavía más peligrosas o utilicen barcos más pequeños para evitar ser vistos e interceptados. Pero la gente sigue queriendo correr este riesgo y pagan fuertes sumas a los pasadores de fronteras» [17].

De hecho, mientras que hasta 2002 sólo había que recorrer las pocas decenas de millas marinas del Estrecho de Gibraltar para pasar de África a Europa, el sistema SIVE (Sistema Integrado de Vigilancia Exterior), una especie de blindaje electrónico instalado en toda la costa andaluza, ha obligado a los candidatos al exilio a diversificar las trayectorias migratorias y a utilizar itinerarios más largos y peligrosos. Desde 2006, la agencia europea Frontex despliega patrullas marítimas para frustrar los intentos de emigración irregular entre la costa del oeste de África y las Islas Canarias. Con éxito: a finales de agosto de 2007, el Ministro del Interior español anunciaba una disminución de llegadas a las Islas Canarias de cayucos, las naves en las que embarcan los emigrantes desde las orillas africanas, del orden de un 70% en un año. Durante el mismo período, el número de cadáveres encontrados en las costas canarias aumentó casi un 50%. Por lo tanto, las operaciones de interceptación marítima aplicadas por Frontex tienen menos el efecto de disuadir las salidas que el de acentuar la peligrosidad de las travesías.

Del mismo modo, la «frontera verde» que separa, en plena zona forestal, Ucrania de Polonia, es otro de los ejes mortales por los que todos los años transitan miles de personas, en particular las que huyen de los conflictos, como los chechenos, a la búsqueda de la protección de Europa. En el mes de septiembre de 2007 [18], la muerte de tres niñas

chechenas extraviadas en la montaña polaca después de haberla cruzado ilegalmente para intentar incorporarse a Eslovaquia, llamó la atención de la opinión pública europea sobre una realidad que la adhesión de Polonia a la UE en 2004 no ha modificado en absoluto: no sólo el refuerzo de los controles en las fronteras no suprimió los flujos de emigración irregular, sino que multiplicó los riesgos de los que ninguna enumeración da cuenta exactamente.

El atlas de los muertos en las fronteras [19], víctimas de las políticas migratorias restrictivas, debería, efectivamente, contener numerosos capítulos para los cuales la documentación sigue siendo dispersa e incompleta: de la frontera mexicano-estadounidense a las aguas territoriales australianas, del Golfo de Adén en las fronteras del norte de Sudáfrica, pasando por las reliquias de los antiguos imperios coloniales (en el Caribe, Mayotte, Guyana...), son numerosas las líneas del frente donde todos los años caen miles de emigrantes, a veces eliminados directamente por los guardafronteras, pero más a menudo entregados, por el cierre de las rutas seguras, a los «elementos naturales» erigidos en garantes de la asignación de residencia a los más pobres.

Con el conocimiento de esta situación, cabría preguntarse por qué los militantes activos y los investigadores parecen caer en el fetichismo de las cifras cuando esgrimen números cuya imprecisión sólo es comparable a sus variaciones. Estas encarnaciones cifradas realmente son una forma de interpelación de los periodistas y otros expertos de la comunicación, que tienen que asumir ciertas expectativas para tener una oportunidad de que los escuchen.

Más fundamentalmente, nos parece que evaluar en varias decenas de miles el número de personas muertas en diez años al intentar incorporarse a Europa da cuenta de una realidad conocida por todos los historiadores y demógrafos: es la propia de las situaciones de crisis aguda o la guerra, que dificultan el recuento de las víctimas y las estimaciones están inevitablemente sujetas al debate y a la instrumentalización política. Pero aunque sean imprecisas, dichas estimaciones dan legibilidad a una situación que demasiado a menudo se achaca a la fatalidad o a otros hechos diversos. Así, la guerra contra los emigrantes pasa del registro de la metáfora al de un contexto cuyas consecuencias deben documentarse.

La imposible enumeración se convierte entonces en la ayuda para un descifrado necesario. También se trata de una forma de exigencia moral y de un homenaje que debe rendirse a las víctimas. Restituir el carácter personal de sus viajes y sus motivaciones sería realmente la mejor respuesta a las políticas que pretenden negar sus derechos individuales, pero la empresa es forzosamente limitada. Por lo tanto es necesario encontrar otras maneras de poner al día la historia de esas trayectorias a menudo funestas. Hacer la suma de las vidas sacrificadas sobre el altar del «riesgo migratorio» es otra manera de dar una existencia a estos muertos sin nombre.

Notas

[1] Olivier Clochard, «Les conséquences dramatiques du renforcement des contrôles

migratoires», en Les journées d'études de l'Observatoire des droits des marins: «Les ports havres de paix?», 2006.

[2] Emmanuel Blanchard y Anne-Sophie Wender, Guerre aux migrants, le livre noir de Ceuta et Melilla, ed. Syllepse, 2007.

[3] United for Intercultural Action European network against nationalism, racism and in support of migrants and refugees

[4] Philippe Rivière, «Emigrer et mourir», Le Monde diplomatique, julio de 2000.

[5] Un pescador siciliano citado por Catherine Simon, «Pêcheurs d'homme», Le Monde, 14 de septiembre de 2007.

[6] Sitio consultado el 21 de marzo de 2008.

[7] 597 personas se ahogaron en el océano Índico cuando intentaban llegar a la isla francesa de Mayotte.

[8] Tres agentes de la Guardia Civil acusados de provocar el ahogamiento de un emigrante senegalés el 27 de septiembre de 2007. Según los testimonios de tres supervivientes, los policías les habrían interceptado frente a la costa del enclave español de Ceuta y después los llevaron a las aguas territoriales marroquíes, rajaron sus chalecos salvavidas y los arrojaron al agua.

[9] Federica Sossi, «Portopalo», Vacarme nº 25, 2003, pp. 108-111.

[10] Comisión Española de Ayuda al Refugiado, La situación de los refugiados en España. Informe 2006, enero de 2006.

[11] Asociación pro derechos humanos de Andalucía: Informe sobre las violaciones de los derechos humanos de los emigrantes de origen subsahariano en tránsito hacia Marruecos, octubre de 2005.

[12] Emmanuel Blanchard y Anne-Sophie Wender, op. cit.

[13] ACNUR, «La migration en Europe des boat people», 9 de octubre de 2007.

[14] «Mayotte: 2 morts dans un naufrage après une collision clandestins-police», AFP, 4 de diciembre de 2007.

[15] Emmanuel Terray, «Douvres des larmes de cocodrile», Libération, 22 de junio de 2000.

[16] Frank Johannès, «Les fantômes de Cherbourg», Le Monde, 28 de septiembre de 2007.

[17] ACNUR, «La migration en Europe des boat people», 9 de octubre de 2007.

[18] Cécile Chauffour, «La mort de trois fillettes tchéchènes, immigrées clandestines, bouleverse la Pologne», Le Monde, 19 de septiembre de 2007.

[19] Olivier Clochard y Philippe Rekacewicz, «Des morts par milliers aux frontières de l'Europe», *Le Monde diplomatique*, diciembre de 2006.

Emmanuel Blanchard, Olivier Clochard y Claire Rodier pertenecen al Grupo de Información y Apoyo a los Emigrantes GISTI, integrado en la asociación de Derecho francesa «Réseau Migreurop».

Migreurop. Traducido para Rebelión por Caty R.

https://www.lahaine.org/mundo.php/19_nov_fotografias_de_la_manifestacion_a